DOMINGO XV del Tiempo Ordinario/C

¿Qué debo hacer para ganar la vida eterna?

La vida es el máximo y único bien que deseamos conservar por encima del cualquier otro y para siempre. Ahí está el motivo de la pregunta del maestro de la Ley a Jesús. ¿Qué hacer para eternizar la propia vida? Y el Maestro le dice la verdad, sin rodeos, que lo conseguirá amando a Dios por encima de todo y al prójimo como a sí mismo.

Es de justicia amar a Dios sobre todas las cosas, porque de Él las recibimos y Él nos la conserva todas, junto con el valor máximo: la vida. La primera expresión del amor a Dios es agradecerle, con la palabra y con la vida, sus innumerables beneficios.

Constituye una tremenda injusticia y fatal ingratitud amar los dones de Dios más que al Dios de los dones. Además de ser idolatría, que es tan frecuente entre los que se tienen por creyentes en Dios. Vale la pena preguntarse con sinceridad y valentía: ¿Soy yo un idólatra?

La gratitud es expresión más genuina del amor a Dios, y además es la condición para que Dios nos conserve y multiplique sus dones. Si quieres recibir, agradece y pide.

Por otra parte el amor al prójimo como a sí mismo es inseparable del amor a Dios, porque el prójimo es mi hermano al ser hijo del mismo Padre, que lo ama como a mí. No podemos no amar a quien Dios ama.

Jesús perfeccionará este mandamiento con el 'nuevo mandamiento': "Ámense unos a otros como yo los amo" (Jn. 15, 12); es decir, hasta dar la vida por quienes se ama, pues "nadie ama tanto como el que da la vida por los que ama" (Jn. 15, 13), como hizo Jesús.

Por consiguiente "El decálogo no es un conjunto de preceptos negativos, sino indicaciones concretas para salir del desierto del 'yo'…, cerrado en sí mismo, y entrar en diálogo con Dios, dejándose abrazar por su misericordia para ser portador de su misericordia. Así, la fe confiesa el amor de Dios, origen y fundamento de todo, se deja llevar por este amor para caminar hacia la plenitud de la comunión con Dios. El decálogo es el camino de la gratitud, de la respuesta de amor, que es posible porque, en la fe, nos hemos abierto a la experiencia del amor transformante de Dios por nosotros. Y este camino recibe una nueva luz en la enseñanza de Jesús, en el Discurso de la Montaña (cf. Mt 5-7) (LF 46, 2)

Solo salva la vida quien la entrega por amor. Puesto que de todas maneras tenemos que darla, démosla por amor. Vivir la vida con egoísmo, es perderla para siempre.

El máximo acto de amor al prójimo consiste en ayudarle a conseguir la vida eterna, que es el máximo don de Dios, como Jesús nos da a entender: "¿De qué le vale al hombre ganar todo el mundo, si al final se pierde a sí mismo?" (Mt. 16, 26). Pero este acto de amor salvífico debe reflejarse en gestos concretos de amor al necesitado.

Con la parábola del buen samaritano, Jesús confirma su enseñanza sobre lo esencial de la vida cristiana: solamente podemos llegar a Dios y eternizar en él nuestra vida, si atendemos al prójimo necesitado, pues en él está Dios dándonos la oportunidad de ser los portadores de su compasión y de su amor universal.

Por tanto, "En el centro de la fe bíblica está el amor de Dios, su solicitud concreta por cada persona, su designio de salvación que abraza a la humanidad entera y a toda la creación, y que alcanza su cúspide en la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo. Cuando se oscurece esta realidad, falta el criterio para distinguir lo que hace preciosa y única la vida del hombre. Éste pierde su puesto en el universo, se pierde en la naturaleza, renunciando a su responsabilidad moral, o bien pretende ser árbitro absoluto, atribuyéndose un poder de manipulación sin límites" (LF 54, 2).

La pregunta del doctor de la ley y la tuya y la mí hoy es la misma, y la respuesta del Maestro es la misma ¿Qué hacer para eternizar la propia vida? Y el Maestro nos dice la verdad, sin rodeos, que lo conseguiremos amando a Dios por encima de todo y al prójimo como a sí mismo. Y la posibilidad está dentro de nosotros mismos nos dice la Lumen Fidei 20: …el mandamiento de Dios no es demasiado alto ni está demasiado alejado del hombre. Y san Pablo interpreta esta cercanía de la palabra de Dios como referida a la presencia de Cristo en el cristiano: Cristo ha bajado a la tierra y ha resucitado de entre los muertos; con su encarnación y resurrección, el Hijo de Dios ha abrazado todo el camino del hombre y habita en nuestros corazones mediante el Espíritu santo. La fe sabe que Dios se ha hecho muy cercano a nosotros, que Cristo se nos ha dado como un gran don que nos transforma interiormente, que habita en nosotros, y así nos da la luz que ilumina el origen y el final de la vida, el arco completo del camino humano, para alcanzar la vida eterna.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)